
II

AFINIDADES INTEMPORALES

En oportunidad de comenzar este trabajo, un colega que merece gran aprecio lo calificó cordialmente como una aventura difícil de concretar en el terreno de la investigación, lo que en realidad alentó a darle continuidad en la certeza de demostrar, asimismo, que aquella interpretación no era acertada, al menos, en considerarlo una empresa desprovista de racionalidad y pertinencia. De todos modos, ningún pesquisante está totalmente despojado de la tentación de transitar en un terreno inexplorado, ya por el estímulo del instinto, ya por el impulso de la gravitación del desarrollo del tema o por esas circunstancias en que la percepción, en casos unida a la propensión, le lleva a contradecir las metodologías académicamente consagradas. Haciendo por cierto distancia de la tarea que se expone, es del caso tener debidamente presente que son incontables los logros de algún modo positivos, obtenidos en el proceso secuencial de su cronograma de realización, pese a ciertas objeciones recibidas.

Debe recordarse que incluso hay quienes han ironizado sobre la relación que pueda tener la obra de Hernández para ser comparada con el *Fausto*, de Goethe, tarea a cuyo pesar cuenta ya con un marcado avance en su desarrollo. No se admite *a priori* que la agudeza de Hernández sea comparada con la de quien es reconocido al presente por especialistas como el más elevado coeficiente de inteligencia en la historia de la humanidad. A su pesar, el nombre de Hernández crece sin pausa en la consideración de estudiosos del pensamiento y literatura mundiales.

Por otra parte, la presente labor puede inscribirse en las mismas características del estudio, aún inconcluso, de la correspondencia entre los aforismos confucianos con versículos del *Nuevo Testamento*, más de cinco siglos posterior, que en gran parte de los puntos de convergencia detectadas, no se circunscriben a meras similitudes sino a transcripciones tex-

tuales que representan más que una semejanza un registro que testimonia con exactitud la misma aseveración. Lejos de representar esto una duda sobre la originalidad de los evangelistas, la íntima concordancia expresada constituye una demostración palpable de la identidad que contienen los valores inmutables del ser humano en la conformación espiritual del hombre, al margen de concepciones, tiempos y religión.

Desde luego, en cuanto a lo que tradicionalmente se denomina la "Biblia criolla", referida a *Martín Fierro*, no se encontrarán transcripciones textuales de los pensamientos de Confucio, desde que el romancero gaucho requiere una adecuación a sus características expresivas y a su modalidad de vida. Esto revela que sólo de la lectura del significado que se obtiene de la totalidad de la sextina pueden extraerse con claridad las analogías a determinarse.

Confucio producía su enfoque filosófico y de ética personal, apuntando a un grupo selecto de alumnos con manifiesta base de preparación e inteligencia, con la intención de formar tanto maestros en la conducción moral del Estado, como en el desarrollo de la eficiencia y el cultivo individual, a fin de constituirlos en fuente de recuperación de la comunidad. En cambio, Hernández debió tomar como punto de partida la prioridad que le ofrecía la sensibilidad humana de un gaucho desprovisto de todo el refinamiento que conceden los sistemas educativos de cada época, sustituido por los valores intrínsecos obtenidos de una existencia rigurosa, que en su severidad deja enseñanzas que compiten con aquéllos en la crudeza de verdades que acotan y en casos superan los enunciados académicos, basándose en las razones elementales que les brinda la naturaleza como infalible formadora de su experiencia.

A pesar de haber transcurrido más de dos mil quinientos años de la época en que Confucio difundía sus enseñanzas, los principios fundamentales en que sustentó su doctrina no han perdido vigencia ni dejado de identificar al hombre en el tiempo y el espacio. Una evidencia palpable lo determina el vínculo de sus aforismos con las sentencias gauchas, surgidas de la verba elocuente y profunda de José Hernández, el más preclaro intérprete de la sabiduría criolla.

Asumir la responsabilidad de una tarea que implica la relación entre los aforismos de Confucio y las sentencias de *Martín Fierro*, es correr ciertos riesgos provenientes, más que del logro del objetivo propuesto, de las interpretaciones, en muchos casos antojadizas, ocasionadas por el desconocimiento de los principios que influyeron en el espíritu de ambos documentos.

Desde luego, la proximidad en tiempo y motivaciones de la obra de Hernández, que tipifica características que aún perduran en las estructuras heredadas de su época, recibe por parte de nuestro pueblo una más clara percepción que con respecto al confucianismo. Los dichos de *Martín*

Fierro han penetrado, con mayor o menor grado de aceptación, en todos los niveles de la cultura nacional. Su reclamo contra los excesos de las conducciones de corte dominante o tiránico ha anidado con firmeza en el sentimiento de los argentinos. Pero, lamentablemente, se ubica en general a Confucio en un modelo de filiación feudal, es decir la antítesis del mensaje hernandiano, lo que está totalmente lejos de corresponder a la realidad. Que con posterioridad a su muerte hubo gobernantes que adoptaron, adaptaron y transformaron parte de sus doctrinas con criterio personalista, no afecta el valor de la formulación estrictamente humanista del Maestro, que dio testimonio perseverante de amor al pueblo por vía de la educación. Rompiendo Confucio con el monopolio del Estado, fue el primero en establecer una escuela privada, sosteniendo que todo el mundo tenía el derecho de capacitarse de manera de ser más útil a sí mismo y a su comunidad. Confucio, generoso y optimista, tenía el espíritu activo en el progreso, preocupándose por el porvenir del país, partiendo de los esfuerzos por superar el sufrimiento del pueblo que, a su entender, constituía la garantía más sólida de felicidad.

Esto tanto es así, que no hay chino, por ideología, partidismo o religión a la que se encuentre ligado, que no aprecie y reconozca el monumental aporte que produjo su obra en el ordenamiento moral-intelectual de las nuevas generaciones que le sucedieron.

Es por lo tanto procedente y reconfortante, introducirse en la determinación de analogías entre los aforismos producidos hace tantos siglos por un erudito cuyo pensamiento constituye una de las más formidables avanzadas democráticas de la historia, por una parte, y por la otra, las reflexiones transmitidas por quien puede ser considerado el más elevado exponente de la fuerza espiritual gauchesca y de la riqueza de su expresión poética.

En una carta enviada en 1881 por Nicolás Avellaneda a Florencio Madero, el remitente se respondía del siguiente modo a su propio interrogante, “¿Qué ha estudiado Martín Fierro?”:

Antes de conocer sus hábitos literarios y de revisar su biblioteca, ya lo presentaba y lo he confirmado después por su propio comentario y el recorrido por sus libros. Ha estudiado, como Cervantes, los proverbios de todos los pueblos y de todos los idiomas, de todas las civilizaciones, es decir, la voz de la sabiduría, como lo llamaba Salomón. Ha recogido la médula del cerebro humano... No puedo ponerme al habla con mi amigo el Dr. Larsen, que se ha ausentado a otras regiones, estudiando el árabe; pero apenas sea posible comunicar con él he de pedirle que estudie los diálogos de Martín Fierro y que, despojando los dichos de sus expresiones locales, los restituya a sus inspiradores, es decir al *Corán*, al *Anti-*

*quo Testamento, al Evangelio, a Confucius o a Epicteto.*¹

Esta documentación, a la vez de dar fe del nivel intelectual de Hernández en tiempo y lugar desacostumbrados, presenta la simbiosis a que puede arribarse en la conjunción de razonamientos de escuelas de pureza conceptual consagrada, junto a la espontánea expresión de un honesto producto de la pampa, que en la franqueza de pensamiento de contenido ético, lleva implícita la autenticidad de su condición humana de norma de vida. A Hernández cabe el mérito de aproximar estas verdades y transmitir las a todos los vientos, en un lenguaje que a poco de ir siendo conocido seduce primero a los gauchos, grandes protagonistas redivivos de su *Martín Fierro* e, inmediatamente después, a los extranjeros que aprenden con pasión el significado de los modismos típicos de las llanuras argentinas, uruguayas y del Río Grande do Sud, que el poeta ha reverdecido en su proyección a los más altos niveles literarios contemporáneos.

Si bien es cierto que la filosofía confuciana definió normas de conducta y actitudes éticas de elevado contenido conceptual, dirigido a los distintos niveles de la formación doctrinaria de sus discípulos, Martín Fierro, con la modestia usual de nuestro hombre de campo, templea con serenidad su instrumento y canta, uno a uno, los versos que atesora con fidelidad su pensamiento gaucho.

Si Confucio y José Hernández vivieran en estos tiempos, sin duda habrían propiciado nuevas reglas sociales, políticas y económicas mundiales, por las que se garantizara una más justa distribución de las riquezas y de los sacrificios. En cuanto a Confucio, nada hay en la amplitud de sus enseñanzas que escape a su interés por el hombre, partiendo del estímulo de la aspiración del más desposeído, a quien identificó como destinatario predilecto de su escuela de perfeccionamiento; ya que fue su propio ejemplo. Si sus discípulos, después de su muerte, fueron preceptores y guías espirituales de príncipes, indudablemente cumplieron con el mandato recomendado por su filosofía al inculcar en los gobernantes el principio de amor al prójimo. Cuando ello no rendía sus frutos, uno a uno se retiraban recordando la afirmación de su Maestro: "El funcionario que sirve al soberano y su consejo no es escuchado debe abandonar su puesto. Si no lo hace, es porque sólo se aferra a su salario o a alguna ventaja de su posición". José Hernández estuvo curiosamente enrolado en la misma postura cuando debió fundamentar su opinión desde las distintas jerarquías de la función pública que le tocó desempeñar. Los gauchos, seguidores leales de Martín Fierro, esgrimieron en cambio el valor "jurisprudencial" de sus

¹ Documentación facilitada al autor por cordialidad de Antonio Pagés Larraya, después de haber concluido este trabajo. Hasta donde se ha llegado a investigar, el doctor Larsen no llegó a tomar conocimiento del tema.

sentencias, enfrentando aun ante los tribunales, el exceso soberbio y arrogante de los poderosos:

No sé el tiempo que ocurrió
en aquella sepultura;
si de ajuera no lo apuran,
el asunto va con pausa:
tienen la presa segura
y dejan dormir la causa.